

LA CONDICION POSTMODERNA

Eduardo Núñez Crisosto

El debate **modernidad/ postmodernidad** se inaugura oficialmente a partir de "*La condición postmoderna: informe sobre el saber*", escrito de Jean-Francoise Lyotard, y cuyo texto fue propuesto al *Consejo de Universidades* del gobierno de la ciudad de Quebec, Canadá, en el año 1979. En lo que sigue, nosotros aquí, haremos una breve y esquemática exposición, –el tiempo de que disponemos no hace posible otra cosa– en torno a la controversia que se abre, en el momento en que una época, la nuestra, empieza a tomar conciencia de la precariedad de sus coordenadas y de la debilidad de sus certezas. Hacia el año 2000, a fines del siglo y del milenio, parece hacerse urgente una revisión profunda del conocimiento, del saber y de los supuestos que los han hecho posible.

El escrito de Lyotard tiene por objeto realizar un estudio de la *condición del saber* en las sociedades más desarrolladas. El estudio le muestra que, cuando la sociedad se proyecta hacia la era postindustrial y la cultura a la edad postmoderna, es el momento en que, desde el punto de vista del saber, la ciencia entra en conflicto con los supuestos que la hicieron posible. De ahí que, a partir de ese momento, a la ciencia se le impone la urgencia de buscar legitimar las nuevas *reglas del juego* del saber.

La "condición moderna" se iniciaría en los siglos XV y XVI, con la ideología de la libertad, la alquimia y cabalística, que empiezan a desbordar el saber y el poder teocrático. En los siglos XVII y XVIII la modernidad se consolida en torno a principios tales como la autonomía del sujeto, alentada por el progreso científico y la promesa de la *salvación laica*, alcanzada a través del desarrollo científico-tecnológico.

La modernidad es un mundo de representaciones. La modernidad es *el mundo de la representación*. La modernidad instituye certezas, saberes y valores con pretensiones absolutas. Decreta arquetipos o modelos para la acción y la reflexión, para la crítica y la utopía. El mundo moderno es el mundo del Orden. El mundo moderno es el Imperio de la Razón.

Según Lyotard, el término *postmodernidad* apunta a indicar el agotamiento del proyecto de la modernidad y su metanarrativa o relatos legitimadores. Hacia fines del milenio asistimos a una mutación de las coordenadas referenciales. Vemos rezagada y obsoleta una *filosofía de la historia*, que ayer nos seducía y hechizaba, al hablarnos de un devenir emancipador de los hombres y la sociedad. Filosofía de la historia y la libertad que se centraba en el protagonismo del *Sujeto-Rey* moderno, lugar de la enunciación, núcleo generador de la verdad y de la transparencia de sentido. Filosofía de la historia que nos entregaba una visión de la vida humana entendida como progreso hacia la libertad, hacia la absoluta soberanía de los pueblos y hacia una equitativa distribución de bienes y recursos.

Luego, entonces, cuando en la actualidad se habla o hablamos de postmodernidad, estamos apuntando no tanto a una época o momento histórico, sino que más bien a una actitud en la que nos enfrentamos a un sujeto vacío de las potestades que le otorgara la modernidad. Cuando se habla hoy de postmodernidad, se hace mención a un proceso tecno-industrial que no da señales claras de que en algún momento va a terminar eliminando las diferencias materiales. Postmodernidad apunta, en fin, a un saber científico que tiende a la autorregulación y que al mismo tiempo se declara impotente para explicar por qué elimina la historia y barbariza la humanidad.

Para Lyotard, todo conocimiento y , al mismo tiempo, toda relación social, es cuestión de *juego de lenguaje*, juegos en los que las propiedades más importantes de los enunciados se dan en el *uso*. Los enunciados son jugadas en el juego, dentro de una *agonística* del

lenguaje en la cada acto de habla significa presentar batalla. La **pragmática** del lenguaje en Lyotard parte de la distinción entre *connaissance* y *savoir*. Así, el conocimiento científico se caracteriza por que se compone de enunciados *denotativos* o *contativos*, además de enunciados metaprescriptivos, propios de la comunidad científica. En cambio, el saber propio de la vida diaria incorpora, además de los enunciados anteriores, enunciados étnicos, estéticos, éticos, etc.

La sociedad que viene, - nos dice Lyotard - tiene menos que ver con la antropología que con una pragmática de partículas lingüísticas. Hoy hay muchos *juegos de lenguajes* diferentes: asistimos a la heterogeneidad de los elementos. Se trata de adecuar el sistema social a matrices de **input / ouput**, según una lógica que considere la conmensurabilidad de los elementos. Se trata de optimizar las performance del sistema: la *eficiencia*. ¿Pero, qué puede hoy legitimar el saber, después de la crisis de los supuestos o metarrelatos de la modernidad? El criterio de *eficiencia* es tecnológico y, por tanto, ajeno a la *verdad* y lo *justo*. ¿Es posible la legitimación del lazo social, de una sociedad justa? Desde Platón, la cuestión de legitimar el saber se asocia con la legitimación del legislador. Lo anterior significa que desde los orígenes de nuestra cultura, el derecho de decidir lo que es verdadero no es independiente del derecho a decidir lo que es justo. Saber y poder como las dos caras de una misma moneda. ¿Pero hoy, quién decide lo que es saber, y quién sabe lo que conviene decidir? Hasta hace poco, el conocimiento científico se legitimaba a partir del saber normativo. La legitimación de la ciencia moderna a partir de la base matanarrativa de la *autonomía y libertad*, se estira hasta la sociología de los años sesenta, tanto en el funcionalismo como en el marxismo.

Síntoma postmoderno es la *inflación del lenguaje* que se da a partir de la segunda mitad de nuestro siglo. Fonología y teorías lingüísticas, problemas de comunicación y cibernética, álgebras modernas e informática, ordenadores y sus lenguajes, memorización y

bancos de datos. El saber, - nos dice Lyotard - ha devenido, en los últimos decenios en la principal fuerza de producción, en los países más desarrollados, y constituye el mayor obstáculo para los países en vía de desarrollo. Bajo su rostro de mercancía informacional, indispensable hoy en el desarrollo productivo, el saber es y lo será cada vez más, el incentivo mayor en la competencia mundial por el poder. Hasta hoy los Estados-naciones han lidiado por el territorio, por las materias primas y la mano de obra barata; en el futuro, las luchas serán por controlar la información.

El argumento de Lyotard es que el proyecto moderno de *realización de la universalidad*, no ha sido abandonado ni olvidado, sino destruido, "liquidado". Al respecto, cita a "**Auschwitz**" como signo paradigmático trágico de la "no realización" de la modernidad. "Todo lo real es racional, todo lo racional es real: *Auschwitz* refuta la doctrina especulativa. Cuando menos, este crimen, que es real, no es racional".

Para Habermas, el proyecto moderno está solamente inacabado, inconcluso; en cambio, para Lyotard, hay discontinuidad, ruptura con el pasado, representado por la modernidad clásica y su característico concepto de *historia universal de la humanidad*.

Al respecto Lyotard se pregunta: "¿podemos continuar organizando la infinidad de acontecimientos que nos vienen del mundo, humano y no humano, colocándonos bajo la Idea de una historia universal de la humanidad?". Y más adelante nos agrega: ¿cuando pregunto, podemos *continuar* organizando...?, no estoy admitiendo de hecho, que así ha venido ocurriendo en la tradición moderna... ¿Pero, más aún, cuando pregunto si ¿podemos *continuar* organizando...?, sea la respuesta a mi pregunta, afirmativa o negativa, no estamos, implícitamente admitiendo que persiste un *nosotros*, núcleo capaz de recoger esta experiencia de lo continuo o discontinuo?

¿Ahora, si este *nosotros* es solidaria del concepto de *historia universal de la humanidad*, el destino que nuestra época le ha reservado al segundo, no debe también compartirlo con el primero?